

DON ANTONIO PEREZ TABERNERO

**Antepasado
suyo
guardar
lo
rebaño
d
Alfonso
el Sabio**

**Una vida labrad
ra y ganadera ba
el sol de Castill**

HY algunas cosas en la vida que no pueden improvisarse. Una de ellas es el ser ganadero de reses bravas. Para ello se necesita algunos siglos de antepasados con historia campera. Que lo diga don Antonio Pérez Tabernero, que este mes de abril cumple su medio siglo de ganadero, que los salmantinos celebrarán ofreciéndole un homenaje que va a tener resonancia nacional.

—Todos mis antepasados han sido ganaderos en las primeras generaciones; después, labradores y ganaderos. Mi origen es puramente trashumante. Cuando parte de España

se hizo labradora, también los míos unieron la labor a la ganadería, que ya llevaba siglos cultivando.

—¿Pero siempre han sido ganaderos de toros, don Antonio?

—No, hombre. El toro bravo es de antes de ayer. Poco más de dos siglos y medio. Los míos eran, mucho antes, merineros trashumantes.

Habla Pérez Tabernero con conciencia histórica, con un idioma castellano apretado de vocablos antiguos, de viejas expresiones heredadas de sus mayores. No es lo mismo leer-

se el Covarrubias que ir recibiendo el idioma en palabras contantes y sonantes, junto a la chimenea charra, desde que se nace.

PASTORES DE ALFONSO X

Le preguntamos que si sabe desde cuándo viene la trashumancia de las merinas.

—Desde 1162, en que los árabes pasaron a primeros moruecos y ovejas merinas por el Estrecho. Creo firmemente que mis antepasados fueron pastores a sueldo de Alfonso

el Sabio. Con esto queda bien sentado que no presumo de sangre azul.

Don Antonio Pérez Tabernero es un hombre tradicional, de templado espíritu ibérico; pero que por eso no deja de ser uno de los elegantes más elegantes que cruzan el «hall» del hotel Palace de Madrid desde hace medio siglo.

—Mi espíritu es un poco místico por los años de internado con los Agustinos en El Escorial, y un poco trashumante a fuerza de andar por las cañadas de Extremadura.

Ocupa, siempre que viene a Madrid, la habitación 333 del hotel Palace. Allí tiene su ropa corta, sus sombreros anchos, un smoking que viste con capa salmantina y la ropa, como él dice, «de señorito».

—En San Fernando visto siempre de corto. Nadie puede decir que en el campo me ha visto vestido de señorito. Únicamente para venir a Madrid me cambio la ropa corta. Hasta mi padre, casi todos mis antepasados vistieron de charro. «El Cojo de Continos» ya vestía de señorito. Pero mis dos abuelos, Casimiro y Antonio Pérez, vestían de charro. Todavía hoy en las librerías de Salamanca se venden postales con el retrato de mi abuelo Antonio Pérez, un retrato admirable que le hicieron a la puerta de la iglesia de San Esteban.

Estamos sentados en el «hall» del Palace.

—¿Desde cuándo empieza usted a contar sus cincuenta años de ganadero, don Antonio?

—Desde el día 29 de julio de 1911 que di yo mi primera corrida de toros en Alicante. Mató el primer toro Manuel Mejías «Bienvenida», padre de los actuales matadores.

CINCUENTA TOROS POR AÑO

Le pregunto también que cuántos toros calcula él que habrá lidiado en estos cincuenta años.

—Soy un hombre tan a la antigua que apenas llevo contabilidad de nada; pero, aproximadamente, calculo que unos cincuenta por año.

Hay que hacerle al ganadero esa pregunta delicada, que si algún toro de su ganadería causó alguna desgracia a algún torero.

—Gracias a Dios he tenido mucha suerte. Ni una cornada grave. Cinco o seis toreros heridos, a través de los cincuenta años, no tiene importancia.

—¿A qué atribuye usted esto?

—En primer lugar a que Dios me ha protegido siempre, y acaso alguna influencia en que he procurado toda mi vida de ganadero quitarle a los toros esa bravura defensiva que yo nunca he considerado bravura.

Al fondo del «hall» está sentado José Flores «Camará», el antiguo matador de toros que se hizo más famoso como apoderado de «Manolete».

—Pero, bueno, don Antonio, usted qué se considera más, ¿merinero, hombre trashumante de cañadas y cordeles o ganadero de reses bravas?

ME PLANTE EN LOS VEINTICINCO

Está con los brazos cruzados sobre el pecho. Le asoman mucho los puchos impecables de la camisa y se ve bien su cadena del reloj de pulsera, formada en oro con los hierros de su ganadería.

—Como hombre de tradiciones, por encima de todo, las ovejas merinas, que han sido el principio económico de todos mis antepasados, como ya te dije antes.

Sus antepasados jamás salieron de la provincia de Salamanca, salvo con los ganados, buscando pastos en las diferentes estaciones del año.

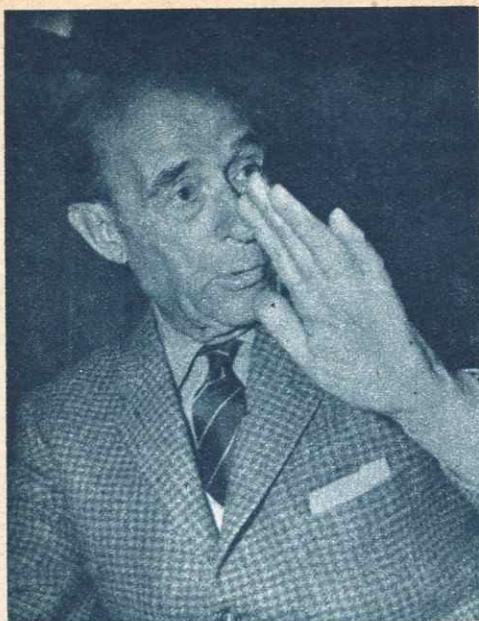
—¿En qué piensa usted, al cumplir el medio siglo de ganadero?



Con Di Stéfano y Marino Gómez Santos en El Escorial

A caballo en la dehesa





darse mogones o por roturas de patas o simplemente por un pajazo en un ojo, y que ya no se puede destinar más que para una novillada económica, puesto que para las novilladas con picadores apenas admiten un novillo tuerto.

UNA RIQUEZA OSTENTOSA

Luego, por cada centenar de cabezas hay que tener dos dependientes de sueldo caro, manutención de caballos, gastos de tentadero, herradero y demás gastos.

—Cuando llega la liquidación, el 11 de noviembre, fecha que los ganaderos tienen la costumbre de cerrar los libros de la ganadería, se encuentran con un interés modestísimo, el mismo que hubiera podido conseguir con otro negocio cualquiera menos arriesgado.

Añade don Antonio Pérez Tabernero, para

terminar, que la certeza de todo diciendo se confirma recordando la de ganaderos de toros que han dejado tuna en aras de esta afición, que a veces es como un rito y como vocación o, muchas veces, una tradición que hay que seguir.

Pero los ganaderos tienen, de todas formas, fama de ricos.

—Porque la ganadería constituye una riqueza ostentosa y espectacular.

Nos despedimos de don Antonio Pérez Tabernero, a quien volveremos a ver en la próxima ocasión para la fecha de su homenaje, que tendrá importancia nacional por su gran mérito como ganadero que ha cumplido un siglo como tal y por los innumerables logros que don Antonio tiene, los cuales le reunieron con él con motivo de su día de oro.

MARINO GOMEZ-SAN

—En continuar en el mismo plan los años que Dios me tenga concedidos, que como soy hombre optimista tengo el presentimiento de que aún serán bastantes.

—¿Se encuentra viejo?

—Físicamente me encuentro muy bien, y en cuanto al espíritu me planté en los veinticinco años.

Hay que verle entrar en el hotel, con su aire acompasado, con su figura de garrochista, alto, delgado, con la tez tostada por el sol. Aunque ya hace tiempo que ha pasado de los setenta nadie podrá decir de don Antonio Pérez Tabernero más que es un hombre maduro.

—¿Cuánto ha gastado usted en todo ese tiempo con la ganadería? Porque no dirá usted que es un mal negocio.

POR CADA TORO DE LIDIA, NUEVE

A don Antonio le gusta mucho la pregunta, a juzgar por el semblante, que se le ilumina con una sonrisa de torero que sabe que va a tener ocasión de hacer una buena faena.

—Hasta hace quince años las ganaderías han sido un negocio malísimo. Y desde esta fecha, hasta hace pocas temporadas, sólo aceptable. Si me apuras, medianamente aceptable.

Le digo que no comprendo bien esta opinión cuando las corridas de toros han alcanzado tan considerables precios.

—Si en una ganadería brava se lidiasen todos los toros que se mantienen sería un gran negocio; pero la realidad es que por cada toro que se lidia hace falta mantener nueve.

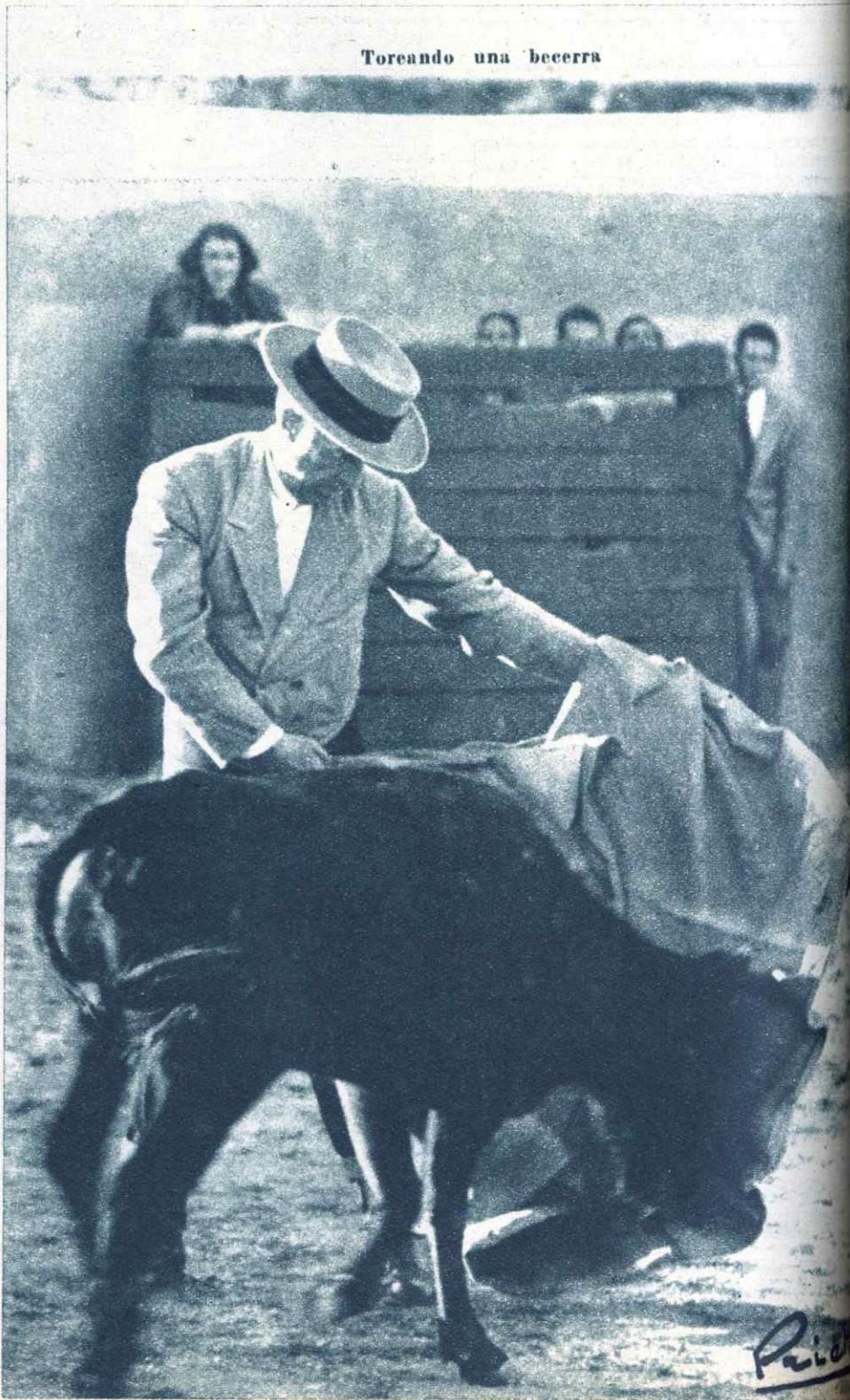
Se levanta del sillón y toma el sombrero. Salimos hacia la calle. Va andando con buen son, con parsimonia. De pronto se detiene y me dice sentencioso, como buen salmantino:

—Escucha... Yo no bromeo. Hace falta tener: la vaca que ha tenido el toro, la que ha quedado machorra, la ñoja, la erala y la utra, que todavía no crían. Y luego el añojo, el eral, el utrero y el toro, más la parada de cabestros, que come y no da ningún producto que vaya directamente a las arcas de la ganadería. Porque el cabestro cumple únicamente con su obligación de encerrar a los toros.

Pero no obstante vamos a echar cuentas para que las cosas queden claras ante el lector que no sepa nada de campo.

—Ya te dije que no tengo secretos y por eso mismo vamos a echar cuentas a la luz del día. Sólo de pastos ponle dos mil pesetas anuales a cada bicho. El último año del toro no bajará de diez mil pesetas. Hay que tener en cuenta las bajas que se producen desde que nacen hasta que se lidian. Muchos se mueren y otros no se utilizan, ya por que-

Toreando una becerria



Raio